

COMUNICAR. UN IMPERATIVO

Cuando nos referimos a la comunicación (del lat. *communicatio-onis*) en el contexto de las relaciones humanas, estamos hablando de la acción de comunicarse, la cual requiere de una intención comunicativa, de una motivación que nos lleva a ejercer esta acción de transmitir algo, generalmente ideas y sentimientos, mediante señales varias codificadas en un patrón que resulte comprensible tanto para el comunicador como para el receptor, destinatario final de esa acción.

Es esta motivación la que permitirá el trato o correspondencia que define a la comunicación entre dos o más personas. Es a través de la comunicación que podemos descubrir o manifestar algo a alguien. Ese alguien también debe poseer la intención de comunicarse, de ser permeable al mensaje del emisor, pues de lo contrario nada ni nadie podrá obligarlo a conversar o tratar con otro, ya sea en forma verbal o escrita.

Por otra parte, el mensaje comunicado, o que el emisor desea comunicar, puede también eventualmente influir en la comunicación efectiva, ya que si una vez decodificado resulta una falacia determinará una futura impermeabilidad del receptor ante ulteriores mensajes del anterior emisor. La intención de comunicarse ya no existe en ese caso, y el mensaje comienza a ser letra muerta y escritos en el agua.

El ser humano verbaliza con el primordial fin de relacionarse con los otros, de comunicarse, en un imperativo consustancial con su naturaleza. Requiere de la vida

de relación, y por ello debe tener la capacidad de comunicarse. Sin embargo, este imperativo no es exclusivo del ser humano. Los animales se comunican entre sí de diversas formas y conforme a variados códigos. Pero el hombre usa la palabra oral y escrita para comunicarse, y ello lo lleva a hablar y a escribir, pero también a oír.

El ser humano, mujer y hombre, se comunica principalmente, entonces, hablando y escribiendo. El conocimiento mismo se comunica a los demás ya sea a través del discurso oral o por escrito. Así, alcanza el entendimiento de los otros y permite el intercambio de ideas, el diálogo, la evolución de ese conocimiento con un impacto final en las demás personas.

Pero la comunicación se puede alterar. Es vulnerable en diversos niveles. Uno de esos niveles, probablemente el más importante, es el de la voluntad del emisor y el receptor; pues si no existe intención de comunicarse efectivamente, entonces no podrá existir comunicación, o por lo menos no habrá comunicación sana. Ejemplo de lo anterior lo experimentamos con cierta frecuencia, y en ciertas épocas más que en otras. Recordemos, a propósito de esto, la fiel representación del famoso “teatro del absurdo”, de Ionesco y otros autores, sensibles a ese fenómeno de la incomunicación observado en nuestro comportamiento social.

En la actualidad vivimos en un medio atiborrado de información, de datos, de antecedentes; al mismo tiempo que convivimos amistosamente con todo un cortejo de espléndidos equipos e instrumentos que nos ponen en contacto con todo aquello en segundos, y por el tiempo que lo deseemos y las veces que lo precisemos. Los computadores, teléfonos celulares, fax, conexiones satelitales, wi-fi, etc., facilitan extraordinariamente el acceso a toda esa información, de un modo casi mágico.

No obstante, en este nuevo escenario, ¿qué pasa con la comunicación entre las personas? ¿Estamos, acaso, reviviendo la incomunicación? ¿Hemos mejorado la comunicación personal? ¿Qué valor le damos hoy a la comunicación, entendida como una interrelación interpersonal?

Aparentemente, hoy, las personas adquieren su información de un modo más independiente del resto de sus semejantes, no requiriendo casi de una interrelación personal para ello. Por otro lado, la información misma, en sus contenidos, es tan variada y diversa, incluso frente a un mismo asunto, que ya asistimos a la necesidad de analizarla en su conjunto, y a través de una suerte de tamizaje seleccionar lo correcto o acertado respecto de lo equívoco o francamente erróneo.

Todo esto genera, necesariamente, alteraciones en la comunicación humana. Ya no incomunicación propiamente tal sino una especie de comunicación patológica, una “DIS-COMUNICACIÓN” (del lat. *dis*, prefijo que indica negación o contrariedad). Esta dis-comunicación está caracterizada por una falta de auténtica intención comunicativa, así como de una desconfianza en el contenido de la información comunicada, ya que esta puede ser desacertada por impericia propiamente tal, o por intención deliberada de mal informar o desinformar en un determinado contexto, situación, circunstancia, etc., (por ejemplo: lo vemos a diario en ciertas propagandas, donde las personas reconocen la inconsecuencia, la incoherencia entre lo que se ofrece y lo que realmente se da).

Hablamos entonces de dis-comunicación para señalar que existe una alteración, una anormalidad en la comunicación interpersonal, en la actualidad. Ello es de causa multifactorial, por supuesto. Pero aparecen como dos factores causales emergentes: tanto la abulia y el desinterés de comunicarse como la emisión de

información manipulada, acondicionada, camuflada, etc. Todo en una especie de sociedad en la cual se perfila el autoengaño y el heteroengaño como parte de un modo de vida, resultante de una competencia y un consumismo desbordantes. La autenticidad y la identidad aparecen amenazadas.

Pero la satisfacción no se alcanza a pesar de tanta cosificación y fantasía informativa. La inquietud profunda frente a las necesidades inmateriales de las personas, exigiendo su cuota de atención, de nutrición en las esferas de lo intelectual, afectivo, filosófico, religioso, divino, metafísico, trascendente, en fin, a lo meramente contingente, crea una necesaria pausa para la reflexión, el replanteamiento y tal vez la restauración de ciertas bases angulares indispensables para construir sobre ellas estructuras mutables, plásticas, moldeables y evolutivas, conforme a la evolución del hombre y la mujer del siglo veintiuno.

El de hoy es el hombre en movimiento, no el del *status quo*, sino aquel que se desplaza en el tiempo viviendo en una dinámica nunca antes vista, pero que sigue siendo un hombre, y por ello bebe agua, se alimenta habitualmente y, por sobre todo, tiene una esencia interior, una naturaleza profunda, una vocación de eternidad y trascendencia que en su carrera vertiginosa no puede dejar atrás. No es posible desprenderse de ella, aunque el hombre deseara hacerlo en algunas circunstancias. Por lo tanto, esta naturaleza inmaterial, que conlleva en su naturaleza, se hace oír en su clamor, siendo imposible hacerse sordo a su voz. El ser humano corre, pero esa carrera cansa y requiere de un espacio para el descanso, la reflexión, el reencuentro consigo mismo, la recuperación de la interrelación con los demás, la restauración de la comunicación efectiva y afectiva, donde los códigos e idiomas intelectuales armonicen con los dialectos y mensajes emocionales y espirituales,

otorgando así a la comunicación patológica (dis-comunicación) el bálsamo terapéutico de la intención comunicativa restaurada e íntimamente concebida y requerida como una condición *sine qua non* para la comunicación sana, que permita a la humanidad restablecer su comportamiento humanizado, y humanizante, esencial y consustancial.

Cuando el hombre se deshumaniza se des-encuentra consigo mismo, se pierde, corre buscando una felicidad que le resulta esquiva y por lo tanto más la anhela. El hombre humanizado es humanizante, es capaz de reconquistarse a sí mismo, de reencontrarse, se reinventa y finalmente evoluciona. Entonces, integrado, fusionado, consciente de sí mismo como un todo, se inquieta nuevamente, pues sigue en movimiento, persevera, ya que su vocación es su vitalidad, y su desafío es encontrar la verdad. Se inquieta, pues su imperativo es finalmente comunicar esa verdad.

Sin embargo, la cuestión es: ¿dónde se encuentra esa verdad para cada uno de nosotros?

Dr. Salustio Montalva Nouveau.
DIRECTOR